

Volver al primer anuncio

Walter Kasper

Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción
de la Unidad de los Cristianos

I. Iglesia, ¿dónde vas?

«Iglesia ¿dónde vas?». Hoy en día, muchos se hacen esta pregunta. En prácticamente todos los campos se están dando rápidos y profundos cambios. Ya hace cuarenta años, el Concilio Vaticano II declaró: «El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero» (*Gaudium et spes* 4; EV I/1325). Mientras tanto, el cambio se ha acelerado. Sin embargo, a diferencia de los años sesenta del siglo XX, no origina expectativas utópicas, sino inseguridad y ansiedad sobre el futuro. Hay falta de perspectivas de futuro.

Se hace inevitable constatar que Europa se ha convertido en una tierra de misión. Obispos y teólogos visionarios lo vaticinaron antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Se hablaba de Alemania como un país de misión. Como ejemplo, Alfred Delp y Dietrich Bonhoeffer, dos mártires de la fe. En Francia se hablaba de «*France pays de la mission*». La profética carta pastoral del cardenal Suhard, *Essor ou déclin de l'Eglise* (1947), despertó las mentes y los corazones y preparaba para el Concilio Vaticano II.

En tal situación de crisis y cambio se necesita visión de futuro. Cada persona, cada comunidad y cada nación pueden sobrevivir sólo si se sienten motivados por un sueño y por cómo realizarlo. Esto también se aplica a la Iglesia.

La Iglesia no tiene necesidad de inventar un sueño, un ideal, porque se le ha dado el Evangelio de la venida del Reino de Dios proclamado por Jesús (cf. *Mc* 1, 14 ss.). La esperanza pertenece, por así decirlo, a la historia de la fundación de la Iglesia, se inscribe en su corazón. Lo que pasa es que hoy casi nadie puede traducir esta esperanza en una visión concreta ni en un punto de vista pastoral concreto. En este sentido, los últimos papas nos han dado una palabra clara para una pastoral evangelizadora y de futuro. La nueva evangelización es nueva proclamación de mensaje de Jesús que trae alegría y libertad. Este programa es adoptado por algunos,

especialmente por los nuevos movimientos, con entusiasmo y es considerado por otros con suspicacia y calificado de reaccionario. Temen que la nueva evangelización resulte un nuevo adoctrinamiento. Cabe preguntarse: ¿qué se entiende por nueva evangelización?

II. Evangelización y nueva evangelización

Evangelio y evangelización son términos clave en la Biblia. Están ya presentes en los profetas del Antiguo Testamento: ocupan un lugar central tanto para Jesús como para Pablo. Jesús define de forma concisa su misión como *evangelizare pauperibus* (proclamar la Buena Noticia a los pobres), (cf. *Lc 4, 18*). Marcos resume todo el mensaje de Jesús en esta frase: «Proclamaba la Buena Nueva de Dios: el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc 1, 14-15*). Pablo se describe a sí mismo como «apóstol elegido para proclamar el Evangelio de Dios» (*Rom 1, 1*; cf. *1 Cor 1, 17*).

El Evangelio no es un libro, es una Palabra viva y eficaz, que actúa lo que dice. Así, en el Evangelio, el Reino de Dios se manifiesta en el mundo y actúa realmente en la historia. El Evangelio es un mensaje de vida, de justicia, de libertad y de paz de Dios. La evangelización es una fuerza que transforma el presente, lo reconfigura y lo empuja hacia el futuro, una fuerza mediante la cual el Reino de Dios se abre camino en el mundo, en medio de la angustia y la persecución, portador de vida, justicia, libertad y paz (*shalom*).

El Evangelio no es un sistema de artículos de fe y principios morales, y mucho menos un programa político, ni siquiera un proyecto de la Iglesia, sino una persona: Jesucristo como Palabra definitiva de Dios, Verbo encarnado. El Evangelio es el Evangelio de Jesucristo. No sólo tiene como objeto a Jesucristo, sino que por medio del Espíritu Santo, Él es el motor y el sujeto principal de la evangelización. El objetivo es la comunión y la amistad con Jesucristo, el entusiasmo y el compromiso con Él y su causa, el Reino de Dios.

Este es el «programa» que Juan Pablo II estableció en *Novo millennio ineunte* (2001), que consideraba su verdadero testamento pastoral. Afirma que es necesario «recomenzar desde Cristo». Esta es también la inquietud en la que se basa el libro *Jesús de Nazaret* de Benedicto XVI.

Lamentablemente, muy pronto el Evangelio se convirtió en un libro, perdiendo de este modo, salvo algunas notables excepciones, el signi-

ficado original de Evangelio: mensaje vivo y vivificante¹. Sólo con los movimientos protestantes de renovación volvió a brillar el significado original del término evangelización. Para estos movimientos se trataba de despertar a los cristianos «muertos», lo que nosotros llamamos ahora nueva evangelización. Por la parte católica, esto se correspondía con las misiones populares que se llevaban a cabo regularmente en cada parroquia. Lamentablemente, en gran medida se abandonó esta práctica, aunque hoy en día hay signos de recuperación de la misma. Recientemente, se ha llevado a cabo a gran escala en las misiones urbanas de Lisboa, París, Viena y otras ciudades. Espero que estos ejemplos creen escuela.

Por el lado católico nos encontramos de nuevo con las palabras «evangelizar» y «evangelización» en los documentos oficiales del Concilio Vaticano II (1962-1965). La constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum* afirma claramente que la evangelización no es un adoctrinamiento, sino un testimonio, inspirado por el Espíritu, a través de la palabra y la acción, y toda la vida de la Iglesia (cf. n. 7). La evangelización se encomienda a los obispos en particular (cf. *Lumen gentium*, 24 ss.), pero también a los laicos que han de impregnar la realidad concreta del mundo con el espíritu del Evangelio (cf. *Lumen gentium*, 35; *Apostolicam actuositatem*, 2). En un amplio sentido el Concilio dijo: «La Iglesia peregrina es misionera por naturaleza» (*Ad gentes*, 2; EV 1/1090).

No se repetirá lo suficiente esta frase. De hecho, la misión es la de compartir, ir más allá de las fronteras, ampliar horizontes. Por lo tanto, la misión es lo contrario de la autosuficiencia y de replegarse sobre uno mismo, de la mentalidad del *statu quo* y de la concepción pastoral que considera suficiente continuar haciendo lo que siempre se ha hecho. Hoy en día el «*business as usual*» no es suficiente.

Esta comprensión renovada de la evangelización fue expuesta en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (8-12-1975). Este documento, que se proyecta hacia el futuro, va más lejos al decir: «Evangelizar es la gracia y voca-

Por lo tanto, la misión es lo contrario de la autosuficiencia y de replegarse sobre uno mismo, de la mentalidad del *statu quo* y de la concepción pastoral que considera suficiente continuar haciendo lo que siempre se ha hecho.

1 El término está presente en Ireneo de Lyon (*Adv. haereses* III, 4, 2) y ha tenido una influencia que llega hasta Tomás de Aquino (*Summa th.* I / II, q. 106 a. 1 c.a.) y el Concilio de Trento (Denz. 1501). También aparece en uno de los grandes precursores del movimiento de renovación del siglo xx: Johann Adam Möhler, ligándolo con el Vaticano II (cf. *Dei Verbum*, 7: EV 1/880s).

ción propias de la Iglesia, su identidad más profunda» (n. 14; EV 5/1601). Fue un pequeño movimiento que provocó un alud. Rápidamente el término evangelización se consideró en América Latina, África y Filipinas como palabra clave. Entró en el documento final de la Asamblea de los obispos latinoamericanos en Puebla, dedicada a «La evangelización en el presente y el futuro de América Latina» (1979), y se reflejó también en el reciente documento de Aparecida (2007). A partir de Puebla, la evangelización estuvo vinculada con la opción preferencial por los pobres y los jóvenes. En Alemania, sin embargo –lamento decirlo– hemos descuidado durante mucho tiempo *Evangelii nuntiandi*.

Juan Pablo II ha tratado el tema en muchos de sus mensajes; de forma más detallada utilizando el término «misión» en la encíclica *Redemptoris missio* (7-12-1990). La encíclica hace hincapié en que la misión no puede considerarse completada. Se encuentra en un nuevo punto de partida. En la actualidad, ya no sólo afecta a determinados territorios geográficos, sino también a nuevos ámbitos sociales, a estilos de vida, al campo de la cultura, especialmente a los medios de comunicación, que están alejados del cristianismo.

El Papa distingue tres situaciones: 1ª. La primera misión (*missio ad gentes*), donde el Evangelio aún no se conoce; 2ª. La actividad pastoral ordinaria donde la Iglesia vive en la comunidad cristiana y tiene estructuras sólidas; 3ª. La nueva evangelización en los países de antigua tradición cristiana, en la que grupos enteros de bautizados han perdido su fe viva, no se consideran miembros de la Iglesia y se han apartado de Cristo y del Evangelio (cf. RM 33).

Con el término evangelización se habla de la misión fundamental de la Iglesia, de su identidad y de su razón de ser. La evangelización no es, por tanto, algo que afecta a ciertas zonas geográficas bien definidas, sino el camino para actualizar y hacer realidad la herencia apostólica en nuestro tiempo. Con el «programa» de la nueva evangelización, la Iglesia quiere llevar al mundo de hoy lo más original y específico que posee: el mensaje del Reino de Dios, que comenzó en Jesucristo.

III. Nueva evangelización en respuesta a una nueva situación

Hablar no sólo de evangelización, sino de «nueva evangelización», supone que hoy la evangelización debe tener en cuenta una nueva situación. En muchas partes de África y sobre todo de Asia se trata de una primera evangelización que abre a las culturas a la escucha y a una primera acogida del Evangelio. En Europa la situación es diferente. Tenemos una rica

herencia que se remonta a muchos siglos de historia cristiana. Europa es inconcebible sin la labor evangelizadora del apóstol Pablo, sin el martirio de Pedro y Pablo en Roma, sin grandes papas como León y Gregorio, sin hombres y mujeres como Martín, san Benito y Escolástica, Cirilo y Metodio, Bonifacio y Walburga, Ulrico, Adalberto, Óscar, Brígida de Suecia, Isabel de Hungría y Turingia, sin Martín Lutero y los reformadores y sin muchos otros. Sin ellos, la casa europea nunca hubiera sido construida. Sin embargo, la historia de Europa no es sólo una historia de los santos, también es una historia de culpas. Europa ha traicionado a menudo su legado: las cruzadas, las guerras de religión –en las que lucharon los luteranos contra los católicos, llevando a Europa al borde de la ruina– el colonialismo, que fue una historia de explotación, las dos guerras mundiales que sembraron el dolor y la destrucción en todo el mundo, los sistemas totalitarios del siglo xx –desprecio de Dios y del hombre: el nazismo y el comunismo soviético– y, finalmente, la *Shoah*, con el asesinato, en el corazón de Europa, de seis millones de judíos a manos del régimen nacional socialista.

La secularización es una reacción a esta historia de culpa y, sobre todo, una reacción a las guerras de religión. Después de la controversia religiosa, Europa estuvo al borde del precipicio y se creyó necesario, en aras de la supervivencia, expulsar la religión de la esfera pública y declararla asunto privado. Así, la paz pública se funda en la razón, común a todos los individuos, independientemente de la fe. Esto significó una pérdida de relevancia de la Iglesia; amplios sectores de la cultura, de la economía y de muchas áreas de la vida han sido alejados de la fe cristiana.

Como es natural, hay que evitar lemas simplistas. Ahora es muy fácil hablar de secularización, de descristianización, de decadencia religiosa y de ausencia de Dios. La secularización es un proceso de diferenciación, en el que las áreas antes mencionadas se han emancipado de la religión, que englobaba y regulaba todo, para hacerse autónomas. El Concilio Vaticano II reconoce esta legítima autonomía (cf. *Gaudium et spes*, 36, 41, 56 y 76). La Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa afirma: «En nuestro tiempo, los hombres se vuelven cada vez más conscientes de la dignidad de la persona humana» (n. 1, EV 1 / 1042).

Nosotros los cristianos no somos, en principio, pesimistas acerca de la cultura. No tenemos ninguna razón para juzgar el desarrollo de la era moderna de manera unilateral y negativa. La Iglesia ciertamente ha perdido poder exterior e influencia, pero ha recuperado su libertad tanto externa como internamente y ha ganado autoridad moral. Al igual que la Iglesia afirma y acepta todo lo que es verdadero, bueno y bello de otras religiones, también puede reconocer lo que es bueno en el desarrollo moderno.

Obviamente, no debemos caer en el extremo opuesto y santificar, por así decirlo, la era moderna. En el proceso de secularización, los frutos de la época moderna han estado separados de sus raíces y de su tronco; como frutos caídos del árbol, es probable que se pudran y se conviertan en tóxicos. Esto es realmente lo que ha sucedido. La libertad individual se ha transformado en individualismo, para el que, en general, no hay valores ni normas universalmente vinculantes.

Hoy en día, la ideología del secularismo se ha convertido en un laicismo intolerante. Hoy reaparecen el ateísmo y el laicismo hostil a la Iglesia, intransigente y militante², que se manifiesta también en el plano político, como por ejemplo la categórica negativa a hablar de Dios y de las raíces judeo cristianas de Europa en el primer proyecto de Constitución europea.

Mientras tanto, se ha reconocido la «dialéctica de la Ilustración» (Th. W. Adorno), y el precio que pagamos por el progreso es claro. El drama del humanismo sin Dios (H. de Lubac) es que contrapone la fe cristiana incluso a los ideales positivos de la Ilustración. Así la modernidad corre el riesgo de autodestruirse. La razón autónoma se encuentra en peligro de convertirse en una razón meramente instrumental, de la cual se puede hacer uso o abuso. Con ayuda de la tecnología moderna se pueden construir hospitales bien equipados y funcionales, pero también bombas atómicas. Se puede cultivar la naturaleza, pero también puede ser explotada, destruyendo así el hábitat natural de las especies. La razón puede convertirse en la «prostituta razón» (Martín Lutero).

En última instancia, la emancipación radical de Dios priva al mundo de su sentido último. Se pierde el lazo de unión. Es así como F. Nietzsche describe las consecuencias de la muerte de Dios: «¿Qué hicimos cuando desprendimos la tierra del sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Dónde vamos ahora? ¿Hacia dónde vamos nosotros? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿No vagamos perdidos en la infinitud de la nada? ¿No sentimos el soplo del espacio vacío? ¿No sentimos que va aumentando el frío? ¿No se va acercando la noche, continuamente, una noche cada vez más densa?»³.

El hombre no puede encontrarse a sí mismo en un mundo carente de sentido. Así se ha producido una dialéctica de la secularización⁴. La ex-

2 Cf. El reciente y muy controvertido *best seller* de R. DAWKINS, *The God Delusion*, Bantam Books, Oxford 2006 (trad. esp. *El espejismo de Dios*, Espasa, Madrid 2007). *Best sellers* de este tipo demuestran que hoy existe, no sólo un retorno de la religión, sino también un resurgimiento de corrientes ateas, anticristianas y anticlericales.

3 F. NIETZSCHE, *Die fröhliche Wissenschaft*, Werke (ed. Schlecht), vol. 2, Munich 1955, 127 (trad. esp. *La gaya ciencia*. EDAF, Madrid 2002).

4 J. HABERMAS, J. RATZINGER, *Dialektik der Säkularisierung. Über Vernunft und Religion*, Frei-



pectativa de la desaparición de la religión no se ha materializado. Frente a la religión, la tesis de la secularización ha resultado ser la superstición. La búsqueda de sentido y de orientación, la nostalgia de Dios, explícita o implícita, y la cuestión sobre Dios están de actualidad. Incluso pensadores que no proceden de ninguna tradición religiosa, como J. Habermas, descubren que la religión tiene un potencial de modelos de lenguaje y de significados para dar nombre e interpretar experiencias que de otro modo quedarían inexpressadas. Así se habla de un retorno de la religión e, incluso, del retorno de Dios. Dios ha retornado, por así decirlo, ya que ha sido readmitido en los salones y en las conversaciones de la buena sociedad.

Sin embargo, necesitamos ser prudentes. El retorno de la religión es un proceso ambivalente. Ciertamente, no conduce, sin más, a la fe en el Dios cristiano, y no vuelve automáticamente a llenar los bancos vacíos de las iglesias. A menudo conduce a una religiosidad vaga, difusa, fluctuante, a una religión basada en el individualismo y a un sincretismo a la carta. Esta religiosidad se convierte en algo un tanto caótico, de vuelta al mito, al espiritismo y al ocultismo, cuando no al satanismo o a la brujería, llegando al punto de un «ateísmo religioso» (J. B. Metz). Todo esto plantea la pregunta: ¿Dios está regresando realmente o están regresando, en realidad, los dioses o ídolos? ¿No es esta vuelta a la religiosidad simplemente un amor narcisista, que busca la divinidad en el interior del hombre, pero no en el Dios que está sobre el hombre? Ya Nietzsche había hablado de un crepúsculo de los dioses.

Los sentimientos religiosos pueden estar relacionados con diversos campos y dar lugar a una deificación de valores mundanos tales como el Estado, el arte, los deportes, etc. Se puede llegar incluso al terrorismo en nombre de la religión, y difícilmente se puede imaginar una perversión peor que la de la reducción de la religión a un instrumento para acciones terroristas. Por otro lado, existe la tentación de una religión civil conservadora o neoconservadora que apoya el *statu quo* o que incluso justifica su aplicación por la fuerza y su imposición mediante la guerra.

Así que nos encontramos en un mundo, por un lado, profundamente secularizado, técnicamente muy avanzado, orientado al lucro y a la defensa de intereses personales, económicos y políticos, y por otro, con una religiosidad difusa, sentimentalista y vivida como un pasatiempo y afición. A la patología de la razón le corresponde una religiosidad patológica. Se ha producido un cisma entre Dios y el mundo, entre la fe y la razón, cuya destrucción supone un reto fundamental para los intereses de la religión del mundo⁵.

burg i. Br 2005 (trad. esp. *Dialéctica de la secularización*. Encuentro, Madrid 2006).

5 Este problema ha sido tratado ya por Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio* sobre la

La nueva evangelización se enfrenta, por tanto, a una situación compleja y confusa. Ante esta difícil situación, la nueva evangelización no puede plantearse como un programa a corto plazo realizable mediante un par de acciones concretas o propuestas de reforma ya conocidas, como la democratización de la Iglesia, el cambio en la disciplina del celibato, etc. Esto sería apresurado y circunstancial. Se trata, más bien, de una tarea fundamental a largo plazo. Se trata de la cuestión de Dios y de la tarea fundamental de la misión: el llamamiento a la conversión de los ídolos al Dios verdadero (1 Tes 1, 9).

Los padres de la Iglesia sabían que la segunda conversión es más difícil que la primera. Decían que la primera conversión se realiza a través del agua del Bautismo, mientras que la segunda requiere de las lágrimas del arrepentimiento y de la penitencia. Esto también puede aplicarse a la nueva, es decir, segunda evangelización. En primer lugar, exige la eliminación paciente de la rigidez, el endurecimiento y la obstinación y también la cicatrización de las heridas tanto de la Iglesia como del mundo moderno. Por otro lado, la Iglesia debe superar una actitud meramente defensiva hacia el mundo, liberarse del aislamiento debido, en parte, a sí misma, renovar su fe y la alegría de creer, y recuperar el celo misionero. Al mundo moderno le corresponde eliminar el veneno que ha acumulado contra el cristianismo, a causa de reservas, prejuicios y hostilidad. Mientras que la primera evangelización podía asumir la dimensión religiosa y construir sobre ella, la segunda debe sacar a la luz la cuestión religiosa enterrada y llevarla de nuevo a la conciencia.

En este sentido, no podemos hacernos la ilusión de una posible coexistencia pacífica y de una síntesis armoniosa de la Iglesia y el mundo, la fe y la cultura, en un futuro. Esto no ocurrió en el pasado y no será distinto en el futuro. Las fuerzas hostiles al Evangelio también actuarán en el futuro y se contrapondrán con fuerza. La nueva evangelización está también bajo el signo de la cruz y no sucederá sin conflictos.

Sin embargo, la nueva evangelización muestra a las personas de buena voluntad una forma de salir de un callejón sin salida y un camino a seguir. Muestra el camino hacia un nuevo humanismo y hacia una nueva civilización de vida y amor. Desde esta perspectiva, pienso que hay prioridades pastorales para una etapa caracterizada por la nueva evangelización.

relación entre la fe y la razón, 14/09/1998; EV.17/1175ss. Benedicto XVI ha continuado con valentía la reflexión sobre este tema en su conferencia en Ratisbona: «Fe, razón y unidad», 12/09/2008.

IV. Concreciones pastorales

Aquí no debe esperarse un completo plan pastoral. Sólo destacaré algunos aspectos que considero importantes. Lo que voy a decir no es algo pensado ante una mesa de escritorio, sino que proviene de la experiencia de más de cincuenta años de servicio sacerdotal, incluyendo los diez años de experiencia pastoral como obispo de una gran diócesis, muchos viajes al llamado tercer mundo, donde he conocido muchas situaciones de pobreza y la experiencia de los últimos diez años en Roma, con muchos más viajes por el mundo, en la que nunca me he visto (como algunos piensan) como un diplomático ecuménico, sino como párroco del gran mundo.

1. Una nueva forma de hablar de Dios

La tarea básica y más importante de la nueva evangelización es volver a hablar de Dios, que Dios vuelva a aparecer en las conversaciones. No es una tarea fácil y menos aún una tarea que pueda ponerse en práctica de forma inmediata. El concepto «Dios» es una de las palabras de las que más se abusa. Es la palabra más cargada de palabras humanas, no hay otro concepto que esté más contaminado o haya sido tan dañado⁶. Olvidando a Dios, nosotros, los europeos, estamos en contra, no sólo de nuestra historia, sino de toda la historia religiosa y cultural de la humanidad. Ella tiene conciencia del fenómeno del Santo, del totalmente Otro, que supera infinitamente las capacidades de nuestro conocimiento y de nuestro lenguaje y, sin embargo, es omnipresente. Se describe como el *Mysterium tremendum et fascinans*, como el que inspira temor y respeto y, al mismo tiempo, atrae y fascina (R. Otto). Los antiguos sabían que el asombro es el comienzo de la reflexión, sabían que el temor de Dios es el principio de la sabiduría (cf. *Job* 28, 28; *Sal* 111, 10; *Prb* 1, 17; 9, 10).

La nueva evangelización debe comenzar desde aquí. Su primera preocupación debe ser lo que Karl Rahner llama mistagogia y considera la idea principal de la pastoral. Mistagogia significa acompañamiento en el descubrir el misterio presente en cada experiencia de vida, búsqueda de Dios, que se añade, por así decirlo, como complemento a nuestra vida, aunque ya está presente en ella y, sin embargo, aún está por venir. Por lo tanto, se trata de introducir la interioridad, la percepción de «algo» que es maravilloso, venerable y santo, que en última instancia permanece insondable e inefable y está «detrás» de todo lo que podemos entender y expresar, es lo trascendente en el corazón de la vida. Por lo tanto, podemos proporcionar

6 M. BUBER, *Begegnung. Autobiographische Fragmente*, Stuttgart 1961, 43.

Por lo tanto, se trata de introducir la interioridad, la percepción de «algo» que es maravilloso, venerable y santo, que en última instancia permanece insondable e inefable y está «detrás» de todo lo que podemos entender y expresar, es lo trascendente en el corazón de la vida.

una intuición de lo que, en último término, queremos decir cuando decimos «Dios»⁷.

La gran teología cristiana siempre ha sabido que no se puede expresar exactamente lo que Dios es, que todos los conceptos que se refieren a Él contienen más desemejanza que semejanza (DENZ 806) y que Dios es más grande y más misterioso que todo lo que pensemos y podamos decir sobre Él. Ya santo Tomás de Aquino dijo que, en lo que respecta a Dios, sabemos más lo que no es que lo que es (cf. *Summa Theol.* I. Q. 1. 1. 7, ad 1, a. 9, ad 3).

El conocimiento de los propios límites es la verdadera humanidad del hombre. Preserva de la arrogancia, de la ilusión de ser Dios, de jugar a ser pequeños dioses, tratando y sometiendo, sin ningún respeto, a la naturaleza y a las demás personas. La convicción de ser hombres y no Dios también nos preserva de exigirnos demasiado a nosotros mismos y del agotamiento. Nos advierte de que no podemos hacerlo solos, no podemos «construir» nuestras vidas, no podemos salvar al mundo entero y no debemos esperarlo de nadie.

En la tradición espiritual esta actitud es la humildad. En general, hoy en día esta palabra no tiene buena prensa porque suena a humillación y sumisión. Lamentablemente, ha sido, en efecto, víctima de abusos muy a menudo. Pero la verdadera humildad es lo que originalmente se llamó devoción (*eusebeia, pietas*), tener reverencia hacia lo sagrado. Cuando no hay nada sagrado, la vida se vuelve insoportablemente privada de distancia, se hace brutal y terriblemente banal. La humildad, en cambio, reconoce la verdad y la dignidad creatural de la vida. Teresa de Ávila hablaba de la verdadera humildad como «caminar en la verdad»⁸. Debemos redescubrir esta verdad de nuestra existencia y aprenderla de nuevo.

La predicación y la teología cristiana no pueden permanecer calladas frente al insondable misterio de la realidad del mundo y de Dios. A diferencia de los ídolos mudos (cf. *Sal* 115, 4 ss.), el Dios bíblico es un Dios que habla y un Dios viviente (cf. *Dt* 5,

7 K. RAHNER, *Über den Begriff des Geheimnisses katholischen in der Theologie in Schriften* IV, 51-99 (trad. esp. en escritos de teología. Tomo IV. *Escritos recientes*, 53-95, Cristiandad, Madrid 2002). Cf. W. KASPER, *Der Gott Jesu Christi*, Herder, Friburgo i. Br.-Basel-Wien, 2008, 216-225 (trad. esp. *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1997).

8 TERESA DE ÁVILA. *El Castillo Interior*. Sexta Morada, 10, 6.

26; Mt 16, 16). Es la mayor diferencia entre el cristianismo y la religión oriental, como se presenta sobre todo en el budismo.

El paso que conduce a tomar conciencia del misterio de nuestra vida es la seguridad que nos da la fe en que hay «Uno» que me «acepta», que no soy un producto del azar ni de un giro del destino, sino que Alguien se vuelve hacia mí, llamándose por mi nombre, y me acepta. Es la certeza de la existencia de Uno que está frente a mí, en quien puedo confiar, ante el que puedo gritar, que escucha mi apelación y mi grito, incluso cuando nadie más me escucha, a quien puedo dar las gracias por mi existencia y por la existencia de otros, a quien puedo admirar, alabar y exaltar.

Esta visión personal de Dios alcanza su punto culminante en el mismo Jesús. En el corazón de su vida terrena y en el centro de su mensaje estaba su relación personal, íntima y completamente única, con quien llamaba Padre (*Abba*) (cf. *Mt* 14, 36). Los discípulos que le escucharon orar de esta manera, le dijeron: «Señor, enséñanos a orar», y Él les enseñó el Padrenuestro (*Mt* 6, 9; *Lc* 12, 30). Para Jesús, la Buena Noticia de la libertad es la que introduce en esta comunión personal y en este darse a Dios que libera del miedo de estar a merced de un destino sin rostro y permite sentirse seguro en la vida y en la muerte, en las que Dios está.

Por lo tanto, la tarea fundamental de la nueva evangelización es conducir, tanto a los cristianos como a los que se preguntan acerca de Dios y lo buscan, a percibir la llamada personal de Dios a la conciencia de cada uno, a responder, a decirle: «*Abba*, Padre» y a recitar el Padrenuestro. Al principio, esta respuesta puede ser difícil, balbuciente, pero lentamente se irá encontrando el camino que conduce a una relación personal con Dios y a la oración personal. Probablemente hay muchas más personas de las que pensamos que de manera abierta, o tácitamente, nos interpelan y nos reclaman: «Enseñanos a orar» (*Lc* 11, 1). Por lo tanto, la nueva evangelización será siempre y, ante todo, una escuela de oración.

2. Recomenzar desde Cristo

El Evangelio no es un programa destinado a mejorar el mundo. Es el Evangelio de Jesucristo, en cuyo rostro brilla

Por lo tanto, la tarea fundamental de la nueva evangelización es conducir, tanto a los cristianos como a los que se preguntan acerca de Dios y lo buscan, a percibir la llamada personal de Dios a la conciencia de cada uno, a responder, a decirle: «*Abba*, Padre» y a recitar el Padrenuestro



para nosotros el rostro del Dios vivo, amigo de los hombres, del Dios que carga con la cruz y que siempre está con nosotros y junto a nosotros, incluso en las horas más oscuras de la vida. Así que la nueva evangelización es llevar al encuentro con Jesucristo e introducir en la amistad con Él. Significa empezar de nuevo, volver a la escuela de Jesucristo para aprender a través de Él a conocer a Dios y al hombre, a conocerlo y a quererlo más y a seguirlo decididamente. Para los cristianos, este camino nunca termina, dura toda la vida. El Nuevo Testamento describe la vida cristiana como un «camino» o «nuevo camino» (cf. *Hch* 9, 2; 19, 9). Recordar el fundamento permanente y el centro de la fe cristiana es la preocupación que subyace en el libro *Jesús de Nazaret* del papa Benedicto XVI.

El anuncio de Jesucristo no le llega al hombre como algo ajeno, exterior a él, como algo, por así decirlo, superpuesto. Es el Logos, en el que fueron hechas todas las cosas, la luz y la vida de todo, la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo. No llega, por tanto, como algo extraño, sino como algo propio (cf. *Jn* 1, 1-14). Él es la luz del mundo, el que lo sigue no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida (cf. *Jn* 8, 12). Así, el mensaje de Jesucristo debe presentarse como un esclarecimiento de la vida, como el sentido de la existencia, de la vida y del mundo.

Esto está lejos de ser inofensivo. El Evangelio de Juan muestra la incomprensiva paradoja de los hombres que no aceptan esta luz (cf. *Jn* 1, 5; 10 ss.), prefiriendo la oscuridad a la luz (cf. *Jn* 3, 19). El mensaje del Evangelio de Jesús, como mensaje liberador, es siempre un mensaje crítico. No se puede poner en práctica sin voluntad de conversión y cambio de mentalidad. Así lo atestiguan los profetas y el mensaje de Jesús. La vida de los «grandes» cristianos, a los que llamamos santos, ha sido una vida de conversión permanente. La nueva evangelización no puede evitar hablar de este aspecto. Debe decir: tienes que cambiar tu vida. Según lo que hemos dicho, la prioridad para la nueva evangelización es poner a Cristo en el centro. No tiene mucho sentido, y puede ser bastante contraproducente, hablar con personas que están alejadas de la fe, o tienen dificultades en lo que respecta a la fe, sobre la virginidad de María, el purgatorio, las indulgencias o discutir temas similares que están muy lejos de sus vidas y sus preocupaciones. No es que no sean contenidos de la fe, que dentro de su contexto son legítimos y no deben pasarse por alto ni omitirse, pero en el plano existencial, estas verdades sólo pueden entenderse cuando se pueden ver desde el fundamento y el centro de la fe: Jesucristo. No debemos perdernos en estas cuestiones, debemos aclarar primero el fundamento y el centro. En otras palabras, debemos tener presente la «jerarquía de verdades» (cf. *Unitatis redintegratio*, 11; EV 1/536).

De este «poner en el centro» a Cristo se deriva un cambio de paradigma en el campo pastoral. En la época postridentina se dio prioridad a proporcionar los sacramentos masivamente. Los sacramentos son los sacramentos de la fe, presuponen la fe y se pueden impartir sólo en presencia de la fe, al menos presunta. Hoy en día, en muchos casos no se puede suponer la fe: muchos no conocen realmente a Jesucristo; han oído hablar de Él de cualquier manera y lo conocen o lo desprecian por lo que han oído decir; saben esta o aquella cosa, pero nunca se han encontrado con Él ni con su mensaje de forma personal. Así que debemos preguntarnos si acaso no nos merecemos el reproche de Dietrich Bonhoeffer: derrochan los sacramentos y los convierten en gracia barata⁹.

Normalmente, el impacto producido por la predicación con ocasión de misiones extraordinarias se evapora rápidamente si no viene precedido o seguido por una catequesis sistemática. Incluso Jesús, como *rabbi* de su tiempo, creó escuela entre sus discípulos. Desde los tiempos apostólicos, la catequesis fue considerada un deber fundamental, especialmente de los obispos y de los párrocos¹⁰. Los Padres de la Iglesia, que fueron grandes teólogos, tales como san Agustín, y teólogos como Tomás de Aquino, aseguraron esta práctica. Las iglesias de misión han conservado la tradición de la Iglesia antigua y de ahí se deriva una buena parte del éxito de la misión.

Sin embargo, ¿dónde se está dando una introducción a la fe y a la vida de fe? ¿Dónde se puede aprender de nosotros la fe? Sin duda, hay nuevas y encomiables iniciativas, dignas de elogio, destinadas a una nueva transmisión de la vida de fe (cursillos de cristiandad, el movimiento neocatecumenal, los cursos Alpha, cursos de teología por correspondencia, etc.). Pero desafortunadamente la mayoría son iniciativas paralelas a las fórmulas oficiales de catequesis en la parroquia. En la actual situación de la escuela, la enseñanza religiosa escolar, que en un tiempo contribuyó a la realización de las tareas de la catequesis, ya no puede asegurar esta introducción, incluso estando acompañada por una intensa pastoral escolar. La catequesis no puede ser un proceso de aprendizaje meramente

9 D. BONHOEFFER, «Die eure Gnade» en *Nachfolge*, Munich 1971, 13-27.

10 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 64; EV 1/115; *Dei Verbum*, 24; EV 1/907; *Ad gentes*, 13 y ss; EV 1/1117ss EV, *Christus Dominus*, 14; 1/602ss EV; *Apostolicam actuositatem*, n. 10; 1/949 y ss; JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae* sobre la catequesis en nuestro tiempo, 16/10/1979; EV 6/1764 y ss. A este respecto, J. RATZINGER, *Die Krise der Katechese Überwindung und ihre*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1983; W. KASPER (ed.), *Einführung in den katholischen Erwachsenen Katechismus*, Patmos-Verlag, Düsseldorf 1985; W. KASPER, A. BIESINGER, A. KOTHGASSER, *Weil Sakramente Zukunft haben. Neue Wege Initiation in der Gemeinden*, Matthias-Grünewald, Ostfildern 2008.

Se necesita un proceso catequético sistemático integral, es decir, no sólo cognitivo sino también emocional y de orientación práctica, que conduzca a jóvenes y a adultos con el corazón, las manos y la razón hacia Jesucristo, y les introduzca en la fe y en la vida de la Iglesia; que les ayude a ser cristianos adultos, cristianos que mediante la palabra puedan dar razón de su fe.

académico; la catequesis es también introducción a la vida cristiana y a la vida de la Iglesia. Debe ser cercana a la vida, partir de la experiencia, interpretar experiencias y permitir tener otras nuevas. Más que de profesores está necesitada de maestros de vida (Meister Eckhart). Esto sólo es posible desde una proximidad y cercanía personal a la Iglesia y a la comunidad cristiana.

Con razón, por tanto, junto a la enseñanza religiosa escolar se introdujo la catequesis de la comunidad como preparación para la Primera Comunión y la Confirmación. Con frecuencia se le confía a una persona poco o nada formada. Así, aparte de algunas loables excepciones, la catequesis presta en la mejor de las hipótesis un tipo de preevangelización, esto es, se queda en el nivel de un simple curso de prácticas en materia religiosa. La catequesis de preparación al Bautismo (en el sentido de una catequesis para los padres o para la familia con ocasión del Bautismo de los hijos) suele ser mínima; también sucede con la catequesis de adultos, que debería ser muy importante para los cristianos no practicantes y que ya adultos quieren tener una fe viva, o para los no bautizados que piden el Bautismo. No es de extrañar que esta falta de alimento produzca una fe anémica. Hoy en día, el conocimiento de la fe realmente ha llegado a su punto más bajo. Podemos hablar de analfabetismo religioso. Sin embargo, sólo se puede amar lo que se conoce y aquello que se ama se quiere conocer aún mejor y más profundamente.

Se necesita un proceso catequético sistemático integral, es decir, no sólo cognitivo sino también emocional y de orientación práctica, que conduzca a jóvenes y a adultos con el corazón, las manos y la razón hacia Jesucristo, y les introduzca en la fe y en la vida de la Iglesia; que les ayude a ser cristianos adultos, cristianos que mediante la palabra puedan dar razón de su fe. El fracaso de esta catequesis es una de las faltas más graves de la Iglesia en Alemania. No es de extrañar que muchos, que se consideran adultos, sólo repitan tópicos bien conocidos y sean víctimas de la presentación superficial de la religión a través de los grandes medios de comunicación o la propaganda de nuevos movimientos religiosos. Tenemos que aprender de nuevo de la Iglesia antigua, de las Iglesias de misión y de las prácticas catequéticas de otros países occidentales.



3. Ser un nuevo tipo de Iglesia

Comunidad cristiana misionera. La introducción en la amistad con Jesucristo y la introducción en la vida comunitaria de la Iglesia están estrechamente vinculadas. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo; en ella y por ella Jesucristo está siempre presente en la historia y en el mundo. Por lo general, se puede experimentar concretamente la Iglesia en la comunidad cristiana. Las comunidades cristianas constituyen la Iglesia local, son células vivas de la Iglesia y deben ser, por así decirlo, «hábitats» de fe. Así que las comunidades cristianas son también lugares de iniciación en la fe. De esto son responsables todos los miembros de la comunidad cristiana, cada uno a su manera, en virtud del Bautismo y de la Confirmación. La renovación misionera de la comunidad cristiana es un imperativo de nuestro tiempo.

Por supuesto, todos somos conscientes de que las comunidades cristianas tienen problemas. Las razones son múltiples. Una de ellas es la falta de sacerdotes, pero no la única. Hay también razones relacionadas con los cambios sociológicos: separación entre el lugar de residencia, el lugar de trabajo y el ambiente familiar; la flexibilidad de los miembros de la comunidad cristiana, por lo que no existen comunidades estables al viejo estilo, razones demográficas, que provocarán en un futuro que las comunidades cristianas tengan cada vez menos miembros y más envejecidos. La fusión de parroquias en comunidades o unidades pastorales es una condición necesaria, pero nunca ha satisfecho a nadie realmente, así que sólo puede ser una solución temporal. A más largo plazo, creo se necesitará tomar distancia de una forma de presencia de la Iglesia que es «dispersa», que mantiene todo más o menos igual a como está y que se va reduciendo en número, para dar paso a una concentración de fuerzas en la Iglesia que se dirijan a un centro. Así, los domingos y días festivos se podrá experimentar una vida eclesial plena en lugar de una vida cada vez más reducida y diluida¹¹.

Esto se corresponde con el método misionero del Apóstol de los gentiles, Pablo, que predicó y trabajó en las grandes ciudades de la época, desde las que el cristianismo se irradió hacia los alrededores. Esta fue también la forma de la primera evangelización de nuestras tierras, que partió de los monasterios y de las iglesias de las ciudades. En las Iglesias de misión, este «sistema» de iglesia central y estaciones misioneras permanece vigente a día de hoy. Para llevar a cabo la nueva evangelización

11 W. KASPER, *Diener der Freude. Priesterliche Existenz-priesterlicher Dienst Herder*, Friburgo i. Br. 2007, 143-150 (trad. esp. *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2008).

El envío misionero con el que concluye el Evangelio (cf. *Mc 16, 15 ss.*; *Mt 28, 19 ss.* *Lc 24, 48 ss.* *Hechos 1, 8*) está lejos de haber finalizado, ha entrado en una nueva fase. La misión ya no es un movimiento norte-sur u oeste-este; exige traspasar la frontera misionera también hacia el norte y el oeste; exige traspasarla entrando en nuevas áreas y entornos que hoy en día son extraños a la fe. Hoy, la misión se encuentra en los cinco continentes.

yo no veo ninguna otra manera de actuar. No podemos permanecer en una estructura parroquial construida en el bajo o alto medioevo. Si realmente queremos ser una Iglesia misionera hoy y mañana, debemos proceder a hacer profundas reformas estructurales.

Esto no significa centralizar la vida de la comunidad en las ciudades y dejar que los alrededores se conviertan en desiertas estepas en el plano pastoral y espiritual; la fe vive del contacto persona a persona. Por lo tanto, la parroquia debe ser una comunidad de comunidades. Bíblicamente hablando, se necesitan Iglesias domésticas: pequeñas comunidades o comunidades de base. En América Latina y África tenemos buenas experiencias en este sentido. En estas pequeñas comunidades se puede experimentar y participar de la comunidad de fe; desde allí se puede ser misionero irradiando hacia los alrededores. Por medio de ellas, la gente puede sentirse como en casa y encontrar el camino a casa. En este sentido, las mujeres han desempeñado un papel importante y seguirán desempeñándolo cada vez más.

Hay un segundo aspecto. El Señor Jesucristo está presente en cada comunidad cristiana y en cada congregación, de modo que ninguna comunidad o congregación puede aislarse ni absolutizarse. Cada comunidad cristiana y cada congregación es Iglesia sólo como miembro de la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Debe estar en comunión con la comunidad más amplia de la Iglesia, concretamente, debe estar en comunión con el obispo. Un cristianismo formado por comunidades antisociales, estrechas de miras y que a veces no se extienden más allá de los límites de un territorio, no está a la altura del tiempo presente ni de la eclesiología de comunión. Especialmente, la actual situación misionera exige cristianos con perspectiva mundial y de formato global, comunidades con una dimensión eclesial universal, es decir, católica.

El envío misionero con el que concluye el Evangelio (cf. *Mc 16, 15 ss.*; *Mt 28, 19 ss.* *Lc 24, 48 ss.*, *Hechos 1, 8*) está lejos de haber finalizado, ha entrado en una nueva fase. La misión ya no es un movimiento norte-sur u oeste-este; exige traspasar la frontera misionera también hacia el norte y el oeste; exige traspasarla entrando en nuevas áreas y entornos que hoy en día son extraños a la fe. Hoy, la misión se encuentra en los cinco continentes.

El ser del cristiano y de la Iglesia es misionero o no es. Si no crece, disminuye, si no crece por lo menos en proporción a la creciente población mundial se convertirá en minoría. Quien ama su fe se preocupará de dar testimonio, de llevarla a otras personas y de permitir a otros que participen de ella. La falta de celo misionero es la falta de celo por la fe; por el contrario, la fe se robustece transmitiéndola. La pregunta fundamental que debemos hacernos es evidente: ¿estamos interesados en la transmisión de la fe y en acercar la fe a los no cristianos? ¿Estamos realmente preocupados por la misión?

Pregunta: ¿cuál es el comportamiento con los musulmanes que en gran número y desde hace tiempo han venido a vivir entre nosotros? Sin duda, respetamos su religión. Entre nosotros, gozan de libertad religiosa, aun cuando en la mayoría de los países musulmanes no sea igual para los cristianos. Nosotros tratamos de integrarlos. No queremos imponer nuestra fe. Pero, si no la compartimos con cierta premura, no seremos respetados, sino despreciados porque demostramos que nuestra fe no es importante. Creo que desde este punto de vista, también deberíamos reflexionar sobre nuestro compromiso de testimonio cristiano.

Conclusión

Una palabra para terminar. Es más que una simple conclusión. Sólo puede evangelizar una Iglesia que es evangelizada y está comprometida y atenta a su renovación espiritual interior y exterior. Sólo puede transmitir la fe quien es personalmente fuerte en la fe. En *2 Cor 4, 13*, Pablo cita el Salmo 116: «Creí, por eso hablé». Sólo cuando nuestro corazón está lleno, habla la boca. No se trata, por tanto, de introducir nuevas organizaciones o instituciones, de elaborar nuevos proyectos, de conseguir más financiación o de convocar nuevas asambleas y simposios; tampoco de organizar nuevas iniciativas de sensibilización de la opinión pública. De todo esto ya tenemos en abundancia.

El mandato misionero habla de testigos llenos del Espíritu Santo (mártires), (*Lc 24, 48 ss.; Hechos 1, 8*). El testigo lleno del Espíritu de Dios no sólo habla con su boca, sino con toda su vida, incluso arriesgándola. Así que la nueva evangelización es principalmente una tarea y un desafío espiritual, es un deber del cristiano en busca de la santidad. Las recetas liberales son contraproducentes.

El ideal de una Iglesia evangelizadora, de la que somos partícipes, debe arraigarse en nuestros corazones. Esta nueva realidad comenzó en Pentecostés y, con el discurso de Pedro, alcanzó escucha y comprensión

atravesando todas las fronteras culturales y lingüísticas. Debemos llenarnos de nuevo del fuego y del entusiasmo de Pentecostés. Una vez llenos de este fuego, este se propagará casi imparablemente como un incendio en el bosque. Entonces, se harán realidad las palabras de Pablo: «Que la Palabra de Dios siga su avance glorioso» (2 Tes 3, 1). La nueva evangelización de Europa comienza con un nuevo Pentecostés; empezando por nosotros mismos.